

ANDRÉS TRAPIELLO

**LOS NIETOS
DEL CID**

LA NUEVA EDAD DE ORO
DE LA LITERATURA ESPAÑOLA (1898-1914)

PLANETA

Índice

Prólogo **9**

que trata de algunas nociones generales

Agradecimientos **15**

Capítulo primero **17**

o bazar un poco confuso, para qué decir otra cosa, donde cabe un poco de todo: las consideraciones generales, que siguen, las figuras de Galdós, Echegaray o Campoamor o la más sutil de Camilo Bardiela, que se extravió en Casablanca como errática luciérnaga

Capítulo segundo **40**

para hablar de los escritores un poco inútiles pero muy pintorescos, desde Silverio Lanza y don Ciro Bayo hasta Ruiz Contreras, pasando por otros muchos de muy genuina y honrada locura y bohemia

Capítulo tercero **70**

donde aparecen algunos maestros del ensayo, cuando este género formaba parte de la literatura

Capítulo cuarto **104**

que se les dedica a don Ramón María del Valle-Inclán y a Pío Baroja, dos hombres que fueron incomparables en todo y cuyas obras son en cierto modo incompatibles, se diga lo que se diga

Capítulo quinto **158**

breve y de transición para tratar de un escritor que fue el más rico de su tiempo, pero no el mejor, y del que era difícil hablar en otro lugar de esta obra ni relacionarlo con nadie

Capítulo sexto **169**

en el que se habla de Azorín y cuantos escritores entendieron la literatura como una sola página, ordenada, bruñida, sin mácula, en la que debía caber el mundo, como cabe el mundo en un rayo de luz o el mar océano en un hoyo de la playa

Capítulo séptimo **204**

sólo para ocuparse de Miguel de Unamuno, un hombre que lo llenaba todo él solo allá donde fuere

Capítulo octavo **222**

donde aparecen los poetas que se llamaban a sí mismos modernistas con el orgullo de quien arroja un guante a la sociedad, desde Rubén Darío hasta el pobre Francisco Villaespesa, pasando por otros muchos de desigual mérito y nombre

Capítulo noveno **264**

donde se sigue hablando de los poetas modernistas, menores y mayores, o incluso inexistentes, como Gregorio Martínez Sierra

Capítulo décimo **291**

que tratará de los escritores y pintores que en Cataluña iniciaron la renovación de su literatura, de Maragall a Rusiñol y Carner

Capítulo undécimo **315**

que es uno de los capítulos más curiosos del libro, porque se habla en él de escritores que todos, o sea, los cinco que están en esto, suelen decir que fueron escritores muy importantes, pero que nadie se ha tomado la molestia de leer para corroborar esta generosa opinión o para refutarla

Capítulo duodécimo y último **350**

para hablar de esos escritores que no siempre se merecen ni la letra pequeña ni los últimos capítulos

Un corto epílogo **393**

Índice onomástico **397**

Prólogo

QUE TRATA DE ALGUNAS NOCIONES GENERALES

I

En el prólogo a *Las armas y las letras* se decía que «es difícil hablar de cien escritores y dar opiniones de cada uno de ellos y de sus libros, y esperar que todos los lectores se muestren de acuerdo enteramente con uno». Se decía también que no era improbable que en un centón de aquellas características no se emboscaran los pequeños errores, las omisiones y las inexactitudes involuntarias, pero que por encima de todo, en la literatura y en la vida, lo importante era defender al débil de los fuertes y poderosos, y a éstos de sí mismos.

Para este libro, al ser de parecida hechura que aquel otro, se deben hacer de entrada las mismas advertencias.

Sobre lo que llamamos hoy generación del 98 se ha escrito muchísimo ya; de casi todos los autores que la integraron, incluso de los de segundo o tercer orden, existen a mano ediciones críticas, estudios solventes y rimeros imponderables de papel, y de todos ellos hay ideas bien definidas y encajadas, me parece a mí, y, por lo mismo, numerosos lugares comunes.

Muchos no aceptan la división de la literatura en generaciones y bastantes de quienes la aceptan piensan que la del 98 se debiera llamar de otra manera, el modernismo, «la crisis del fin de siglo» o «movimientos que se cruzan», como llamó Cernuda a estas dos corrientes de modernismo

y noventayochismo, en un intento razonable de sincretismo literario.

Hay un libro de Ricardo Baroja que recoge unos artículos de recuerdos de aquella época, y que en un principio iba a llevar el título de «Bohemia del 98». Luego lo cambió y al final se publicó con el de *Gente del 98*. Seguramente es, para mi gusto y con todas sus limitaciones, el mejor libro de conjunto sobre el particular, con personalidad y una visión razonable, sin mixtificaciones ni leyendas absurdas. Desde un punto de vista erudito o universitario son unos escritos de escaso valor; ahora, para el lector no profesional de la materia no hay otro más claro ni gustoso. Si se hace caso de tales recuerdos, la generación, en esos años, estaba formada por jóvenes más o menos simpáticos que se pasaban la vida alborotando en los cafés, en los teatros y en las redacciones. Una mezcla rara, pues por un lado eran jóvenes entusiastas de la literatura nueva, dispuestos a triunfar en ella, y por otro gente con la voluntad en permanente lasitud, acoquinados por el medio. Unas veces, mosqueteros que se querían merendar literalmente a los viejos carcas en sus viejos periódicos, en la carcundia de sus academias y casinos, y otras, hombres razonablemente burgueses, capaces de estrechar muchas manos y con deseos de formar parte de esos mismos periódicos y de esas mismas academias.

Uno de los tópicos de la generación es presentárnosla integrada por hombres atribulados por el problema de España, insomnes como los místicos y con la perenne febrícula de los profetas. Alguien incluso como Salinas habla de «un inmenso examen de conciencia, preludio de la confesión patética», lo que es un poco excesivo atribuido al Benavente, Zamacois, Valle-Inclán, Darío, Silvestre Paradox o Azorín del novecientos.

Cuando se leen los artículos de esos escritores, sus cartas de entonces y polémicas, la impresión de personas preocupadas por la salvación de España en general no se percibe o se percibe en medio de otras muchas preocupaciones no

menos acuciantes, de orden estrictamente literario y personal, como encontrar trabajo, colocar el articulito, batirse con alguien. En fin. Un poco después, hacia 1910, tal vez. Antes, menos.

II

Hay un par de hechos significativos creo que no valorados del todo hasta ahora: según la teoría de las generaciones, que tanto defendió Ortega, la acción de la de 1898 se extendería hasta 1914, y fue Azorín, contestando un artículo de Ortega, el primero, con Gabriel Maura, que la llamó de esa manera, «generación del 98», en 1913, el año en que Ortega, que iba a ser jefe de filas de la generación de 1914, organizaba un gran homenaje en Aranjuez a Azorín, como si éstos hubiesen sido el lugar y el acto elegidos para el pactado traspaso de poderes de una a otra, del jefe de la vieja generación al jefe de la nueva.

Después de eso, Ortega obtuvo su puesto de director intelectual en el «problema de España» que hasta entonces era exclusivo de los escritores del 98, pero ese hecho, lejos de clarificar las cosas, vino a complicarlas algo, pues es lo cierto que los primeros grandes incomprendedores de los escritores del 98 fueron los del 14, quienes tampoco acabaron de encontrarse cómodos en ese lugar por el que habían luchado, quizá porque sospechasen, con cierta impaciencia ante la estatura literaria de sus predecesores, que su movimiento constituía de modo ineluctable el manierismo de lo anterior, como el manierismo fue consecuencia lógica del Renacimiento, sin olvidar que Renacimiento llamó Juan Ramón Jiménez al modernismo, un renacimiento en el que Azorín encarnaría el ideal de sencillez, Baroja el de la sentimentalidad, Unamuno el de la claridad o Machado y Juan Ramón el de la pureza. Desde ese punto de vista, ¿no es Gabriel Miró el manierista de Azorín; o D'Ors y Ortega, con